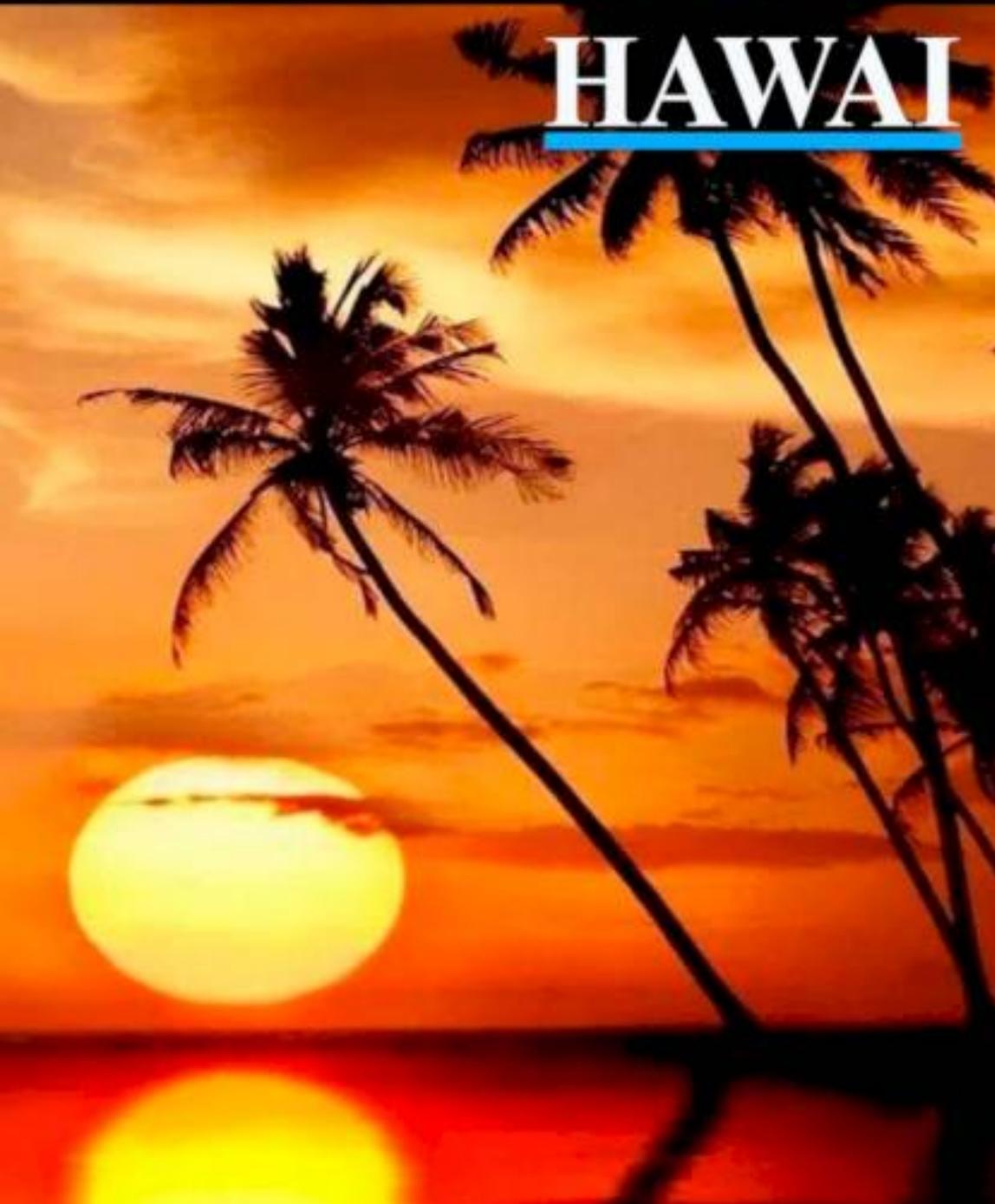


JAMES A.

MICHENER

HAWAII

The background of the cover is a vibrant tropical sunset. The sky is filled with warm, golden-orange and red tones. A large, bright sun is positioned in the lower-left quadrant, partially obscured by a thin layer of clouds. The sun's reflection is visible on the dark water in the foreground. Several palm trees are silhouetted against the bright sky, with their fronds reaching upwards. The overall mood is serene and evocative of a tropical island.

«Hawai» es la historia de hombres y mujeres de distintas razas, religiones, costumbres y tradiciones, que cruzaron los mares atraídos por el hechizo de esas islas. James Michener concentra el interés del lector en un grupo familiar que vive las emociones, idilios y aventuras propias del ambiente que imperaba en las islas. Todo el acento de esta novela ha sido puesto por el autor en los personajes y en sus triunfos, tragedias, amores y odios personales.

«Hawai» fue uno de los grandes éxitos de su autor, publicado en 1959 —el mismo año en que Hawai se convirtió en el estado número 50 de los Estados Unidos.

HAWAI

James A. Michener

A todos los pueblos que llegaron a Hawai.

A todos los pueblos que llegarán a Hawai.

(Ésta es una novela. Es fiel al espíritu y la historia de Hawai, pero los personajes, las familias, instituciones y casi todos los acontecimientos, son imaginarios, excepto el del maestro de escuela inglés, Uliassutai Karakoram Blake, que se basa en una persona histórica, que hizo mucho por Hawai).

I

DEL INMENSO PIÉLAGO

Hace muchos millones de años, cuando los continentes estaban formados ya y las principales características de la Tierra habían sido fijadas, existía, como hoy, un aspecto del mundo que empequeñecía a todos los demás. Era un enorme océano que se extendía al este del continente mayor: una inquieta, siempre cambiante y gigantesca masa de agua, que posteriormente habría de ser descrita como pacífica.

Sobre su superficie soplaban huracanados vientos, que agitaban las aguas, y éstas se lanzaban, en gigantesco olas contra las costas, a las cuales arrancaban rocas y corroían la tierra. En su tenebroso seno comenzaba a tomar forma una extraña vida, diminuta primero y luego, gradualmente, de una estructura perdida ya irremediabilmente.

Agitadas por una luna más fuerte que la de ahora, inmensas mareas recorrían ese tremendo océano, atormentándolo sin cesar. Como todavía no se habían formado vastas extorsiones de arena, las aguas, allí donde alcanzaban una costa, eran negras como la noche, y espantosas.

Millones de años antes que el hombre surgiese de las costas para percibir la grandiosidad del océano y

aventurarse por sus turbulentas olas, ya existía ese mar eterno, la mayor de las características de la Tierra, más vasto que todos los demás mares juntos, salvaje, terrorífico en su inmensidad e imperativo en el papel que representaba.

A intervalos recurrentes, el océano se enfriaba. El hielo se amontonaba en sus extremos y sustruía incalculable cantidad de agua al mar, de tal modo que las líneas costeras de los continentes se adentraban en las aguas muchas millas más que antes. Después, por espacio de 100000 años, el océano iba arrancando las plataformas visibles de las costas, y pulverizaba rocas hasta convertirlas en arena, mientras incubaba nueva vida.

Más adelante, las fantásticas acumulaciones de hielo se derretían, liberaban las aguas, éstas se unían otra vez y las costas quedaban sumergidas de nuevo. Entonces, la incansable energía del mar depositaba sobre su lecho capas de cieno, esqueletos y sal. Durante un millón de años, el océano construía tierra; pero luego volvían los hielos, las aguas se retiraban y las costas reaparecían una vez más. De esa forma, el océano proseguía su eterno construir y destruir, alternativamente.

Muchos millones de años antes que el hombre apareciese sobre la Tierra, las regiones centrales de este vastísimo océano estaban vacías y, donde hoy existen famosas islas, nada rompía la uniformidad de las incansables olas. Pero un día, en el fondo del piélago, a lo largo de una línea de 2000 millas, de Noroeste a Sudeste, se produjo una formidable hendidura en la roca basáltica que formaba el lecho del

océano y de ella comenzó a manar roca líquida, espesa, hirviente. Al escapar de su prisión y entrar en contacto con la pesada masa del agua, hizo explosión instantáneamente y disparó hacia arriba, a través de más de 6000 metros de océano, largas columnas de vapor.

Aquellas agitadas burbujas de aire ascendieron perforando la profunda masa líquida hasta que, ya en la superficie, estallaron y formaron una gran nube. En aquel instante, el océano señaló que estaba en formación una nueva isla. Con el tiempo, quizá creciese hasta convertirse en un punto infinitesimal de tierra en el centro de la dilatada extensión de agua. No existían entonces seres humanos que pudieran celebrar el acontecimiento. Tal vez algún horripilante y ya desaparecido bicharraco alado espió aquellas nubes de vapor y se dejó caer, en un planeo, para inspeccionarlas: lo más probable es que las raíces de esa nueva isla hayan nacido en las tinieblas, entre olas como montañas y una negra nada.

Por espacio de 40 000 000 de años, pequeñas cantidades de roca líquida fueron tamizándose hacia arriba, abriéndose paso por entre las que se habían filtrado antes. Cada una contribuía con su diminuta porción a la acumulación que se estaba formando en el fondo del mar. Algunas veces pasaban silenciosos mil o diez mil años, antes de que se produjese una nueva erupción de aquella candente materia. Otras veces, se acumulaban debajo de la hendidura gigantesca presiones, que atravesaban con inconcebible violencia las aberturas existentes y lanzaban nubes de vapor que ascendían miles de metros sobre la superficie del mar. Esas explosiones, indescriptibles en su fu-

ria, elevaban probablemente unos centímetros la altura de la isla suboceánica.

Durante 40 000 000 de años, la primera isla luchó en el seno del océano, empeñada en nacer como tierra visible. Durante ese tiempo, su volcán submarino silbó, tosió y eructó, a pesar de todo lo cual permaneció oculto bajo las oscuras aguas del mar, para el cual no era más que una insignificante irritación.

Y de pronto, en el extremo noroeste de la hendidura suboceánica, se produjo una erupción de roca líquida, distinta de las precedentes. De ella manó la misma clase de roca, con idéntica violencia y a través de las mismas grietas en la corteza de la Tierra. Pero esta vez, la materia arrojada llegó a la superficie del mar. Hubo una espantosa explosión cuando la roca líquida chocó con el agua y el aire. Grandes nubes de vapor ascendieron a miles de metros en el espacio. Sobre las turbulentas olas cayó una inmensa cantidad de ceniza. Y el aire fue sacudido por terribles detonaciones.

¡Roca sólida había sido depositada, por fin, sobre la superficie del mar! ¡Una isla acababa de surgir del piélago!

Sí, había surgido tierra firme en medio del mar. El esfuerzo de 40 000 000 de años era coronado por la aparición de un montón de rocas no mayor que el cuerpo de un hombre. Lo único significativo de aquella aparición de la primera isla a lo largo de la hendidura, era el hecho de que se mantuvo y creció. Tercamente, pulgada a pulgada, creció. En realidad, fueron la incertidumbre y la prolongada agonía de su crecimiento las que resultaron significativas.

Durante los primeros 10 000 años que siguieron a su aparición, el pequeño montón de rocas en el desolado centro del océano fluctuó entre la vida y la muerte, como atacado por alguna perversidad misteriosa. Algunas veces, ascendía hirviente lava por los conductos internos, y eructaba por un agujero que sólo se elevaba un palmo sobre las olas. Toneladas y toneladas de aquella roca líquida salían por el pequeño cráter y silbaban ensordecedoramente al caer de nuevo al agua. Pedazos de aquella lava quedaban prendidos, afortunadamente en la isla recién nacida y a la sazón parecía que su existencia como tal estaba asegurada.

Y entonces, allá en el Sur, donde se gestan aterradoros temporales, una inmensa ola se alzaba de las demás y avanzaba velozmente a través del mundo. Su llegada podía percibirse desde muy lejos y con su gigantesca potencia se precipitaba sobre la pequeña acumulación de roca y pasaba para perderse en el horizonte.

Por espacio de otros 10 000 años dejaba de existir la isla visible, pero bajo las olas, siempre pronta para revivir, estaba aquella altísima cima de montaña, que se levantaba más de 6000 metros sobre el lecho del océano y, cuando una nueva serie de acometidas volcánicas emergía de las grietas, la montaña seguía su paciente tarea de construirse y elevarse, en un nuevo intento de renacer a la visibilidad. Por medio de explosiones, espantosos silbidos y titánicos impulsos, la gran montaña se convulsionaba, atravesaba las aguas y su isla volvía a salir sobre la superficie.

Durante 1 000 000 de años la isla se mantuvo en aquel precario equilibrio, pero al fin, después de una acumulación de increíble paciencia, quedó establecida. Ahora, cada erupción de lava tenía una base sólida sobre la cual construía, y así la isla fue creciendo hasta que fue visible desde larga distancia para las grandes aves marinas. Era ciertamente tierra, habitable si hubieran existido hombres. Pero antes que la vida pudiera prosperar en aquella isla, se necesitaba tierra y ésta no existía aún. Cuando la lava derretida saltaba al espacio, generalmente estallaba en ceniza, pero algunas veces se deslizaba como un fluido viscoso por las laderas de las montañas, creando extensas lajas de roca lisa. En uno u otro caso, la acción del viento y la lluvia, así como el frío de las noches, comenzaban a pulverizar aquella lava recientemente eructada, descomponiéndola en tierra. Y cuando se hubo acumulado una suficiente cantidad, la isla estaba preparada para su futuro.

Las primeras formas de vida que llegaron no eran conspicuas por cierto. Es más, eran casi invisibles: líquenes y algunos tipos inferiores de musgos. Fueron llevados por el mar y los vientos que silbaban a través de los océanos. Con una tenacidad igual a la de la isla, esos fragmentos de vida se establecieron y, al desarrollarse, quebraron más rocas y construyeron más tierra.

Entonces existía, en los distantes continentes que el océano visitaba, una sociedad vegetal y animal bien establecida, compuesta por árboles y pesados animales e insectos. Algunas de esas formas estaban ya adaptadas para la vida en la nueva isla, pero les impe-

día establecerse en ella la enorme extensión de 2000 millas de mar abierto.

Por lo tanto, comenzó una tremenda lucha. La vida, antes de la aparición del hombre, estaba radicada en costas distantes y ansiaba realizar nuevos viajes exploratorios como los que habían poblado ya la tierra existente con plantas y animales. Pero contra aquella ansia se oponía el proceloso océano, turbulento, tempestuoso, salado, implacable.

El primer animal no oceánico que visitó la isla fue un pájaro. Llegó probablemente del Norte, en una misión exploratoria, en busca de alimento. Descendió sobre las rocas aún calientes, no halló nada comestible y reanudó su vuelo, para perecer tal vez en los mares del Sur.

Pasaron miles de años y un día llegó otro pájaro a la isla. Éste encontró en la costa algunos peces muertos. Como agradecimiento ante aquel obsequio, el ave vació sus intestinos sobre la expectante tierra y evacuó una diminuta semilla que había ingerido en alguna isla remota. La semilla germinó y se desarrolló. Así, después de miles de siglos, la vida se había establecido en la rocosa isla.

Entre la llegada del primer pájaro improductivo, y el segundo, portador de la vital semilla, habían pasado más de 20000 años. Al cabo de 20000 más, llegó otro trocito de vida: un insecto hembra, fecundado en alguna isla distante la noche de una tremenda tempestad. Atrapado por los enormes vientos que aullaban desde el Sur, fue transportado a gran altura hacia el Norte y, por fin, cayó en aquella nueva y remota isli-

ta, donde dio vida a sus hijos. Los insectos habían llegado.

Pasaron muchísimos años y llegaron otros pájaros, pero sin semillas. Otros insectos fueron arrastrados a la isla por los vientos, pero eran machos o hembras no fecundados. Sin embargo, una vez cada 20 000 o 30 000 años —período mayor al del hombre histórico— una brizna de vida llegaba a la isla por casualidad y por casualidad se establecía en ella. De esta azarosa manera, y en un período de tiempo, que la imaginación apenas puede concebir, la vida pobló la isla.

Uno de los días más importantes en la historia de la isla fue aquel en que un pájaro llegó penosamente de alguna tierra situada muy lejos, al Sudoeste, con una semilla de árbol enganchada en una de sus plumas. Posado en una roca, el pájaro se puso a picar la semilla hasta que ésta cayó y, con el correr del tiempo creció un árbol. Pasaron 30 000 años y por un accidente igualmente absurdo, llegó otro árbol, y después de un millón de años de casualidades, cinco millones de años de tormentas, pájaros, leños empapados a la deriva portadores de babosas e insectos horadantes, la isla tuvo un bosque con flores, pastos, pájaros e insectos.

Nada de cuanto existía en esta isla había llegado a ella fácilmente. Las mismas rocas habían sido empujadas por ardientes chimeneas, atravesando millares de metros de océano en su ascensión. Los líquenes llegaron alocadamente sacudidos por los vientos. Los pájaros lo hicieron extenuados y los insectos, sólo cuando los impulsaban los huracanes. Hasta los árboles llegaron en los oscuros vientres de algún pájaro vagabun-

do, o precariamente enganchados en las plumas de una de sus alas.

Las costas de la isla, curadas por el mar, eran estupendos acantilados que recibían las caricias del sol y brillaban como columnas de oro. Las montañas eran altas y escarpadas, con sus faldas cubiertas de árboles de un verde oscuro, mientras las cimas se envolvían en la sábana blanca de la nieve y el hielo. Las calmas bahías, en las que se reflejaban la grandiosidad de los picos, estaban profundamente hundidas en las líneas de la costa. Los valles y las dulces llanuras, las cascadas y los ríos, los encantadores bosques en los que hubieran podido extasiarse amantes, y, confluencias donde hubieran podido construirse ciudades, contribuían al maravilloso conjunto de la isla como invitaciones a una civilización que aún no había nacido.

Pero ningún ser humano las vio, porque la isla había eclosionado en aquella admirable belleza mucho antes de la Era del hombre y en el momento de su más grandiosa perfección comenzó a morir. Había nacido de la violencia, y por ella moriría.

Hubo un repentino estremecimiento de la tierra y una vez que terminó el geológico reajuste, el cual cubrió un período de miles de años, la isla se había hundido 500 metros en el océano, y en sus crestas se formó un hielo eterno. Durante un millón de años, los vientos aullaron a los montes y el océano carcomió los acantilados. La isla fue debilitándose y achicándose, hundiéndose poco a poco en el océano del cual había surgido.

Pasaron muchísimos años más, un millón. Los pájaros que se habían alimentado en sus montes se fueron

a otras partes, llevando en sus entrañas nuevas semillas. De sus costas, insectos fecundados fueron arrastrados por los vientos a otras islas, y la vida continuó. Una vez cada 30 000 años o más, algún fragmento de naturaleza escapaba de esta isla. Y la vida continuó.

Pero conforme iba hundiéndose la isla, surgió una forma diferente de vida, que cobró creciente actividad. En las aguas templadas, claras, nutritivas, que rodeaban las costas empezaron a florecer pólipos de coral, que poco a poco, al morir, fueron dejando tras sí diminutos esqueletos pétreos, pocas brazas bajo la superficie del mar. En mil años, construyeron un gran anillo sumergido alrededor de la isla, y al correr de los siglos, aquellos diminutos animalitos, el coral, construyeron un arrecife.

Los hielos se derritieron en el Norte, y los zoófitos del coral fueron ahogados bajo el inmenso peso de inesperadas masas de agua. A torrentes, la lluvia se precipitó desde las montañas de la isla y dejó su sedimento en toda la costa, estrangulando a los diminutos corales. O se formaron, allá lejos en el extremo Norte y Sur del mundo, grandes campos de hielo, que retiraron el agua de la diminuta isla ya moribunda. Los corales quedaron expuestos al aire y murieron instantáneamente.

Pero en los intervalos que les permitían esos fenómenos, los corales construían. Y fue así que ése casi invisible animalito, ese hijo de los cataclismos, construyó una nueva isla para remplazar a la antigua que se iba deshaciendo gradualmente, sepultándose en el mar.